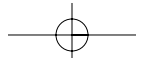
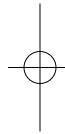
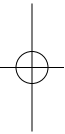


# La tragedia de los soldados judíos de Hitler

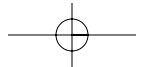
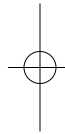
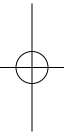
HISTORIA INÉDITA



# La tragedia de los soldados judíos de Hitler

BRYAN MARK RIGG

**INÉDITA**EDITORES



## INTRODUCCIÓN

Cualquiera que aborde el tema del Holocausto lo hace con un sentimiento profundo de humildad, respeto y circunspección. Por su misma naturaleza, el tema contiene una tragedia tan enorme que aún no estamos en condiciones de valorar sus dimensiones, a pesar de que la incalculable cantidad de libros y artículos sobre la cuestión aparecidos antes de este libro nos permiten tener un cierto conocimiento de la realidad. Algunos aspectos del Holocausto y de la era nazi en general aún quedan por descubrir o profundizar. La presente obra es el fruto de un estudio serio sobre un aspecto particular de esta tragedia, sin pretender agotar el asunto, pero con la esperanza de que llevará a sus lectores a tener una visión diferente de un elemento fundamental de la historia del Tercer Reich y del Holocausto: la identidad judía.

Más específicamente, este libro explora un fenómeno histórico particular, el de los judíos y de los hombres parcialmente judíos, denominados por el régimen nazi como «*Mischlinge* judíos» (*Mischlinge* es el plural de *Mischling*, literalmente «mestizo, cruzado»), que combatieron en las filas de las fuerzas armadas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata de mostrar cómo fue posible que judíos y sobre todo *Mischlinge*, también llamados «mediodjudíos» o «judíos de un cuarto» según el grado, fueran reclutados bajo la bandera de la cruz gamada.

Muchos historiadores mantienen como un hecho probado que cualquier individuo de origen judío fue automáticamente excluido de las filas de la Wehrmacht entre 1933 y 1945; algunos llegan a admitir que un pequeño número de estos efectivamente combatió con las tropas hitlerianas, pero consideran que se trataba de excepciones sin gran significación. Pero, nada más lejos de la realidad. Hasta el escepticismo de mis profesores sobre el valor histórico de mis trabajos se explica por este error de apreciación. Aquí aporto la prueba de que decenas de miles de hombres de origen judío fueron incorporados en las filas del Ejército de Hitler. Incluso, aunque es imposible determinar el número exacto de *Mischlinge*, se calcula que fueron más de 150.000. Una cifra sorprendente y, al mismo tiempo reveladora, del diferente concepto que tenían de la identidad judía los jefes nazis, el cuerpo de oficiales, la comunidad judía en el interior de las fronteras del Reich y el pueblo alemán en su conjunto, concepciones por las cuales algunos individuos habrían salvado la vida mientras la mayoría restante acababa en los campos de exterminio.

Aún más sorprendente fue el importante papel que jugó Adolf Hitler en este asunto: no solamente autorizó personalmente a que *Mischlinge* permaneciesen en la Wehrmacht, sino que permitió a varios de ellos acceder a rangos elevados, como generales, almirantes, comandantes de navío o pilotos de la Luftwaffe. Aquí examinaremos las razones de semejante actitud y seguidamente nos preguntaremos cuál habría sido la suerte de esta gente si Alemania hubiese ganado la guerra.

Buscando la claridad, hemos optado por seguir la evolución del problema de los *Mischlinge* siguiendo un orden cronológico. De este modo, el primer capítulo aborda la cuestión, fundamental en esta coyuntura: ¿Quién es judío?, e intenta aportar diversas respuestas plausibles. Para algunos, es judío aquel que tiene orígenes judíos, en cualquier grado; por el contrario, para otros, sobre todo los judíos ortodoxos, ninguno de los que combatieron en la Wehrmacht podría ser considerado judío. Estos dos juicios extremos son erróneos. En ese capítulo también se encontrará la definición de judío propia de los nazis.

El segundo capítulo está consagrado al significado del término *Mischling* bajo el Tercer Reich. Efectivamente sería imposible comprender cómo y por qué hombres así calificados sirvieron en la Wehrmacht sin conocer previamente las diferentes categorías y particularidades de ese grupo. De entrada, el término tenía otra acepción antes de que los nazis lo adoptasen para designar especialmente a las personas de ascendencia judía. Por otra parte, tampoco se mantuvo tras la guerra debido a su aspecto peyorativo y las tribulaciones de los llamados *Mischlinge* fueron durante mucho tiempo ignoradas. ¿Y cómo reaccionaron a este apelativo los individuos afectados?

El tercer capítulo ofrece una visión de la asimilación de los judíos en Alemania y Austria y una estimación del número total de *Mischlinge* entre 1933 y 1945. Los especialistas en el tema olvidan demasiado a menudo que la mayoría de los judíos alemanes, lejos de constituir un grupo étnico separado, estaban integrados en la sociedad y, además, que había en Alemania centenares de miles de cristianos de origen judío, más o menos lejano y resultado de generaciones de matrimonios mixtos, que antes de la llegada al poder de Hitler nunca habían pensado que formaban una minoría racial.

En el siguiente capítulo se aborda brevemente la historia de los judíos alemanes y austriacos que habían figurado en los ejércitos de sus países respectivos durante los cien años precedentes. Al ser el servicio militar un instrumento de integración en la sociedad, muchas familias judías eran herederas de una larga tradición militar. Muchas personas rechazaban sus orígenes judíos tan pronto como se lo permitía su entorno social y desde entonces se sentían asimilados a la sociedad germánica, alemana y austriaca, sirviendo lealmente a la nación en los campos de batalla.

El capítulo quinto está dedicado a las regulaciones aplicables a los judíos y a los *Mischlinge* en la Wehrmacht entre 1933 y 1945. Efectivamente, la actitud de las autoridades militares respecto a los *Mischlinge* era compleja y en ocasiones desconcertante, y la política evolucionaba de forma caótica, en una su-

cesión de tentativas exploratorias y de retractaciones. Como consecuencia de estas variaciones, decenas de miles de *Mischlinge* fueron en un determinado momento reclutados para servir con el uniforme alemán. Este capítulo ofrecerá la oportunidad de sacar a la luz las prácticas habituales en un sistema policrático\*. En el caso de los *Mischlinge*, hubo diferentes puntos de vista, derivados de las rivalidades entre dirigentes, y programas contradictorios adoptados por turno por las autoridades civiles, la Wehrmacht, las SS, el Partido y el Führer en persona. También se hace referencia a los proyectos de los nazis en relación a los *Mischlinge* tras una eventual victoria del Reich. Algunos han afirmado que los *Mischlinge* no habrían sido víctimas de la «Solución Final», porque los nazis tan sólo se preocuparían de los judíos propiamente dichos. En realidad, contemplaban el ostracismo, la esterilización y, en última instancia, la aniquilación de los mediojudíos. Cuando los nazis hubiesen aniquilado a los judíos, los mediojudíos serían los siguientes.

En el capítulo sexto, se analizan las exenciones en las leyes raciales, oficialmente concedidas por Hitler a los *Mischlinge*. Los historiadores ya han citado algunas dispensas honoríficas otorgadas a dignatarios de origen judío, pero no han tenido nunca en consideración las decenas de miles de exenciones concedidas a miembros de las fuerzas armadas, tanto a generales como a tropa, como consecuencia de superficiales exámenes de los dossiers por parte del propio Führer. La incansable atención que dedicaba a estos documentos ilustra a la perfección sus obsesiones en materia racial.

El último capítulo busca responder a la cuestión: *¿Qué sabían ellos del Holocausto?*, porque los *Mischlinge* enrolados en la Wehrmacht gozaban de una posición de privilegio a la hora de observar las consecuencias de la política racial en vigor. Si bien muchos supieron de determinadas atrocidades como masacres

\* Sistema político en el que una persona asume diferentes responsabilidades (N. del T.)



y deportaciones, y otros fueron víctimas de vejaciones, muy pocos fueron los que sospecharon que se producía un exterminio sistemático de millones de judíos en los campos. Es de imaginar que, por lo menos, podían saber lo que les sucedería a los judíos de su familia y a ellos mismos si Hitler obtenía la victoria o el conflicto se prolongaba. Pero, tantos los documentos como los testimonios consultados para este estudio demuestran que la mayoría de ellos nunca valoró la dimensión del Holocausto.

A día de hoy, no ha aparecido ningún estudio profundo sobre la política nazi en relación al personal de la Wehrmacht de origen judío. Existe un artículo de Jeremy Noakes sobre el tema, aparecido en el *Leo Baeck Yearbook* de 1989; aunque este ensayo simplemente hace una mención pasajera a la actitud de la Wehrmacht, fue la base en el arranque de este libro. Hay que destacar también el libro de Ursula Büttner, *Die Not der Juden teilen*, aparecido en 1988, un estudio social basado en las peripecias de varias familias. Werner Cohn redactó un ensayo sobre la Paulus Bund (organización de solidaridad formada por *Mischlinge*), que apareció en el *Leo Baeck Yearbook* de 1988. Aleksandar-Sasa Vuletic también estudió la Paulus Bund en su obra titulada *Christien Jüdischer Herkunft im Dritten Reich. Verfolgung und Organisierte Selbsthilfe, 1933-1939*, aparecido en 1999. Nathan Stoltzfus dedicó un capítulo a los *Mischlinge*, titulado *El Ejército de Hitler*, en su libro de 1996, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*. En 1999, Steven Welch escribió, también en el *Leo Baeck Yearbook*, un breve artículo sobre ocho desertores mediojudíos. La obra de Beate Meyer, *Jüdische Mischlinge: Rassenpolitik und Verfolgungserfahrung, 1933-1945*, aparecido en 1999, es una profunda exploración de diversos aspectos de la vida de los *Mischlinge*, pero tan sólo contiene unos pocos párrafos sobre los que combatieron en la Wehrmacht. H. G. Adler en su libro sobre la deportación de judíos alemanes, los de Raul Hilberg sobre el Holocausto y de Manfred Messerschmidt sobre la Wehrmacht, *Ein Stück von uns* de Rolf Vogel y *Nazi Germany and the*

*Jews* de Saul Friedländer sólo hacen breves alusiones a los *Mischlinge* en la Wehrmacht. En suma, ninguna de estas obras profundiza en la historia de los *Mischlinge* o de los judíos bajo los estandartes de la cruz gamada. Si bien es cierto que Noakes y Meyer se interesan más que los demás por la cuestión, apenas le dedican unas pocas páginas.

Con este libro pretendo analizar la cuestión de los judíos y de los *Mischlinge* en el seno de la Wehrmacht, sobre todo de los oficiales de alto rango a los que Hitler concedió, tras un minucioso examen en cada caso, una cierta clemencia (*Genehmigung*). Por añadidura, este papel activo del dictador constituye en sí misma una prueba elocuente de su obsesionada implicación en el Holocausto, pocas veces contemplada. También se descubrirá lo que pudo ser el estado de ánimo de los *Mischlinge*, atrapados entre su pertenencia a la civilización cristiana germánica y una fidelidad más o menos consciente a la herencia cultural hebraica. Aunque numerosos, su posición intermedia los apartaba del irreductible debate relativo al antisemitismo hitleriano. Sus vicisitudes en las filas de la Wehrmacht ofrecen una nueva visión sobre los sentimientos ambivalentes que experimentaron muchos alemanes durante el Tercer Reich y sobre la política racial nazi en general. El estudio de un problema aparentemente marginal deja al descubierto los aspectos fundamentales de la doctrina hitleriana en la materia. Al tratar la presencia de hombres considerados como judíos o de origen judío en las filas de las fuerzas armadas alemanas, se analiza la identidad judía en el seno del Estado Nacionalsocialista. Y se descubre hasta qué punto este Estado estuvo plagado de contradicciones, rivalidades y deshonestidad a lo largo de su trágica historia.

# I

## ¿QUIÉN ES JUDÍO?

Esta cuestión suscita encendidos debates desde tiempos inmemoriales. Hoy en día, incluso en Israel, según Asher Maoz, profesor de Derecho de la Universidad de Tel Aviv, el asunto ocupa la segunda posición en la lista de preocupaciones de los ciudadanos, «después del problema de la seguridad y de la paz, algo que no tiene nada de extraño, ya que la mayoría considera que la supervivencia del Estado depende de ello».

### LA PALABRA «JUDÍO»

La palabra «judío» deriva de la tribu de Judá, así designada por el nombre de uno de los doce hijos de Israel (Jacob). Los judíos proceden de nómadas arameos —los *Ivrim* (Hebreos)— que cruzaron el Eúfrates bajo la dirección de Abraham para invadir el país de Canaan hacia el año 1.850 antes de Cristo. Abraham ha sido a menudo considerado como «el primer judío», el primer monoteísta. Algunos ponen el acento en las pruebas colectivas sufridas durante la servidumbre en Egipto y luego en el éxodo tras el cual se formó una nación; para otros, el pueblo elegido constituyó una nación el día en el que Moisés recibió la

ley divina (la *Torah*) en el monte Sinaí hacia el año 1.200 antes de Cristo, poco después de la salida de Egipto. Fue entonces cuando el pueblo de Israel concertó una alianza (*B'rit*) con el Creador y la Torah fue «el texto sagrado de esta alianza».

En los tiempos bíblicos, un niño «heredaba» su judaísmo de su padre. Así, según la interpretación más extendida de un pasaje del Levítico, «un danita de media casta» nacido de una madre judía y de un padre egipcio no podía pertenecer a la comunidad. Este ejemplo demuestra que en esa época la identidad judía se adquiría por vía masculina, contrariamente a la costumbre actual. Recordemos que los hijos de José estaban considerados como judíos aunque había nacido de madre no judía, Asenath, hija de un egipcio, sacerdote de On, y lo mismo les sucedía a los de Moisés, cuya madre era una cusita originaria de la actual Etiopía. Por el contrario, antes de que se les concediese la Torah, la identidad judía estaba determinada tanto por las creencias y las costumbres admitidas como por el linaje, de manera que, para Abraham y sus descendientes, la circuncisión no era más que un elemento de identificación sin valor religioso y la adhesión al judaísmo representaba la adopción de la cultura hebraica; no se practicaba ningún rito de conversión. En este sentido, se puede decir que todos los israelitas anteriores a la revelación de Sinaí eran judíos. Sólo a partir de entonces fue exigido un procedimiento de conversión.

### DEFINICIÓN ACTUAL DEL JUDÍO

En nuestros tiempos, los judíos religiosos se basan en la *Tanach* (Biblia hebrea) y el *Talmud* (transmisión oral de la Torah) para definir la identidad judía: según la ley rabínica (*Halakah*), sólo es judío el individuo nacido de madre judía o convertido al judaísmo según sus reglas. El rabino ortodoxo Jacob Schochet, profesor en el Humber College, declaró: «El estatuto paternal está aquí desprovisto de significado». Sin embargo, se tiene muy en cuenta la ascendencia paternal para determinar la per-

tenencia a la casta sacerdotal (es decir las de los «Cohen» y los «Levi»).

¿Por qué los judíos practicantes obedecen al principio patriarcal? La mayoría se limita a afirmar que es la voluntad de Dios. Si se les pregunta entonces por qué razones Dios lo ha querido de esta forma, algunos contestan que esta ley fue adoptada sin duda porque en la época bíblica la madre siempre podía identificarse y de este modo se podían integrar en la sociedad los niños engendrados por la soldadesca enemiga durante los periodos de guerra. Por otra parte, muchos rabinos tomaron en consideración el hecho que la mayoría de los niños recibían la primera educación de su madre, sobre todo en materia religiosa, y que es la madre quien juega el papel más importante en el desarrollo de la personalidad de un niño; de todo ello se deriva que la religión se transmita por la madre. Sin embargo, la creencia religiosa de una mujer no es la única causa en la cuestión de la identidad judía de un niño. La mayoría de los judíos juzgan que todo niño nacido de una madre judía es judío cualquiera que sean las decisiones posteriores de sus padres en este sentido, como por ejemplo hacerlo bautizar en el seno de la religión cristiana: el judaísmo es un derecho innato e inalienable.

Según la Halakah, todo judío, de nacimiento o convertido de forma regular, lo seguirá siendo aunque a lo largo de su vida opte por otra confesión religiosa. El rabino ortodoxo David Gottlieb resume en una frase este principio: «Judío se es, judío se sigue siendo». De este modo, para la mayoría de los judíos, personajes como el filósofo Karl Marx, el poeta Heinrich Heine o el compositor Felix Mendelssohn-Bartholdy son judíos aunque fuesen bautizados en la religión cristiana. Tal como formula Shlomo Perel, enrolado en la Wehrmacht con el nombre de Josef Perjell: «No es fácil ser judío, ¡pero aún más difícil es no serlo [si se es por nacimiento]!». El humorista Kurt Tucholsky, refugiado en Suecia en 1935, se hizo eco de ello al escribir: «Renuncié al judaísmo en 1911, pero —añade seguidamente—, sé perfectamente que la cosa es imposible».

Para muchos judíos, la religión apenas interviene en la defi-

nición del judaísmo; en su opinión, se trata sobre todo de una cuestión étnica, es decir, de pertenecer al pueblo hebreo. Por mucho que algunos principios tengan una gran importancia — como el aprendizaje, la familia o el deber de la caridad— la fe religiosa tiene un valor secundario. Es por ello por lo que muchas personas se reconocen como judías y al mismo tiempo como sin religión.

Ser judío es adherirse a una misma y única familia. Cada día, un judío practicante debe pronunciar la *Shema*, la oración más sagrada extraída del Deuteronomio (6, 4): «¡Escucha, Israel! *Adonai* es nuestro Dios. *Adonai*, es el uno y único». Esta oración es la proclamación de un pueblo, el pueblo de Israel. Nicholas de Lange lo recuerda en estos términos: «Ser judío es querer mantenerse fiel a una experiencia histórica. Convertirse en judío es, ante todo, fundirse en un pueblo». Moses Hess, uno de los primeros adalides del sionismo, escribió en 1862: «El judaísmo trasciende cualquier nacionalidad. Su historia se remonta a varios milenios y se corresponde con la de toda la humanidad».

Los judíos no constituyen una raza, no poseen unos caracteres genéticos propios a todos los judíos y sólo a los judíos. Por otra parte, se han convertido al judaísmo tantos no judíos que es muy difícil hablar de rasgos físicos comunes. Los judíos diseminados por el mundo se han impregnado de diversas culturas y tradiciones locales, conservando un cierto vínculo con Israel; los practicantes tienen en común la fidelidad espiritual a la Torah. Actualmente, las tensiones están vigentes entre diversos grupos procedentes de la Diáspora e instalados en Israel. Las autoridades encargadas de determinar el derecho a la inmigración han tenido algunos problemas para resolver determinados casos. Así, la llegada de judíos etíopes particularmente necesitados, los *falashas*, ha suscitado polémicas alrededor de la definición de «judío kosher». El gobierno israelí hizo venir por vía aérea a esta minoría perseguida, les concedió la nacionalidad israelí, les proporcionó alojamiento, alimento, el acceso a la escolarización, pero en ningún caso se estableció realmente su es-

tatuto. Como consecuencia de un largo debate sobre las desviaciones culturales y religiosas de los *falashas*, el Tribunal Supremo se hizo eco de lo propugnado por el gran rabinato para determinar que los judíos de Etiopía eran «*judíos dudosos* que deberían someterse a una conversión restrictiva (*giyur lechumra*) antes de contraer matrimonio [judío]». Bastantes jefes religiosos llegaron a rechazar la autenticidad de estos etíopes alegando que practicaban una especie de «crypto-judaísmo». La misma hipótesis ha sido defendida respecto a decenas de miles de judíos rusos inmigrados tras la caída del régimen comunista, que huían de las persecuciones y la miseria, viendo en Israel la tierra prometida donde podrían conocer por fin la libertad. Sin embargo, el rabinato contempla con escepticismo a estos recién llegados; se cree que muchos de estos refugiados se declararon como judíos para escapar a la indigencia y a la tiranía comunista, y que por otra parte tenían una noción del judaísmo bastante imperfecta. A lo sumo, algunos habían nacido de padre judío.

Las variaciones culturales o históricas entre diversos grupos de judíos son de tal naturaleza que engendran errores sobre la idea que pueda hacerse uno sobre los judíos o los israelíes. Si bien es cierto que el gobierno israelí se adapta a la definición de la Halakah según la cual sólo es judío, y por ello apto para beneficiarse de la «Ley del Retorno», el individuo nacido de madre judía o convertida al judaísmo, y que no se ha adherido a otra fe, la opinión pública está muy dividida en este asunto. Por ejemplo, en 1998, cuando dos soldados ruso-israelíes murieron en combate en el sur del Líbano, el rabinato se opuso a las exequias religiosas en un cementerio militar, argumentando que ambos habían nacido de padre, y no de madre, judíos, y que por lo tanto no podían ser considerados como judíos. Cualquiera puede imaginarse que la muerte en combate defendiendo Israel es una prueba suficiente de la fidelidad al judaísmo y a la causa sionista, pero ésta no es la postura del rabinato que se atiene estrechamente a la ley de la Halakah; el rabinato sólo tiene en consideración la definición tradicional, no la determinación in-

dividual o la implicación personal a favor de Israel o del pueblo judío en general. Una persona puede creerse judío, comportarse como buen ciudadano de Israel, combatir heroicamente por el país, pero nada de todo esto hará de él un judío *stricto sensu*. Las diferencias en la práctica religiosa, la variedad de orígenes culturales o étnicos y de compromisos particulares hacen difícil, e incluso imposible, la respuesta a la simple pregunta: «¿Quién es judío?»

Existen también notables diferencias entre las interpretaciones de los judíos ortodoxos, las de los conservadores y la de los reformistas. Así, los ortodoxos y los conservadores se aferran a la Hakalah para otorgar la cualidad de judío solamente a aquellas personas nacidas de madre judía o convertidas al judaísmo<sup>1</sup>. A la inversa, muchos reformistas opinan que la transmisión paternal basta. Por otra parte, si bien los conservadores creen en «la divinidad de la Halakah», también ponen en duda su «inmutabilidad»; los reformistas rechazan igualmente ambos dogmas; los ortodoxos no dan la razón a ninguna de las dos corrientes y las consideran incompatibles con la Halakah. Las controversias ideológicas entre estas tres tendencias han generado debates candentes. En Israel, los ortodoxos se han afanado en poner trabas tanto a los conservadores como a los reformistas, propugnando que los judíos de estos movimientos, sobre todo los antiguos gentiles convertidos, no son más que falsos judíos, una teoría adoptada por el «Ministerio de Religiones» que rechaza la calidad de judío a todo aquel que se ha convertido fuera de los preceptos ortodoxos. El ministerio en cuestión se ha procurado listas, a partir de informadores residentes tanto en Israel como en el extranjero, que contienen los nom-

\* Una definición a menudo repleta de dificultades. Así, en el caso de Oswald Rufeisen (llamado Hermano Daniel), un superviviente del Holocausto convertido al cristianismo que vio cómo las autoridades israelíes le negaban la cualidad de judío, aunque había nacido de madre judía. En efecto, la ley israelí no concede la cualidad de judío a aquel que se adhiere a otra fe distinta de la religión mosaica.



bres de miles de inmigrantes que están fuera de las normas; aunque se benefician de la «Ley del Retorno», ven a menudo cómo rabinos puntillosos les revocan el derecho a casarse o a tener funerales religiosos. En resumen, a ojos de los integristas en el poder, si un israelí, conservador o reformista, no ha nacido de una madre judía o se ha convertido conforme a los cánones tradicionales, «no es judío». Uno de los objetivos de los movimientos ortodoxos consiste en «deslegitimar las tendencias no ortodoxas». Semejantes rupturas son inquietantes par el futuro de Israel porque ponen en cuestión las estructuras sociales del país y su misma unidad. Diferentes grupos amenazan a Israel con «represalias financieras y boicots». El rabino ortodoxo Schochet escribe: «El egoísmo, la arrogancia y el narcisismo, tanto en el plano individual como en el colectivo, nos castigan de tal forma que pueden triunfar allí donde nuestros peores enemigos han fracasado». Se adivina, a través del debate alrededor de las fundamentales cuestiones «¿Quién es judío?» y «¿Qué es ser judío?», a qué dificultades nos enfrentamos a la hora de definir los criterios de la identidad judía. De manera que, abordando la cuestión de los *Mischlinge* que sirvieron en la Wehrmacht, el lector deberá considerar su propio juicio —o prejuicio. La definición de judaísmo y la respuesta a la pregunta «¿Quién es judío?» son las claves de esta historia. Es curioso constatar que los problemas actuales del Estado hebreo no dejan de tener una vinculación con esta historia y es la razón por la que nos hemos lanzado a esta larga investigación.

### LA LEY JUDÍA (HALAKAH) Y LOS MISCHLINGE

Los *Mischlinge* conocían parcialmente semejantes preceptos religiosos. Algunos de ellos incluso ignoraban el significado de la Halakah en nuestras entrevistas. Incluso Helmut Krüger se llega a irritar del proselitismo ejercido sobre él por algunos judíos: ¿Acaso no pasó doce años intentando persuadir a los nazis de que él no era judío, y que ante todo era un buen patriota

alemán? Sobrevivió al Holocausto, pero, a sus ojos, nunca pudo pasar por verdaderamente «ario». Y los judíos de observancia estricta lo consideran judío según la Halakah ya que nació de madre judía, una aseveración que él rechaza absolutamente, no por antisemitismo, sino por ser alemán de nacimiento y educado en la religión cristiana. Y sobre todo, porque se siente alemán. La Halakah le trae sin cuidado. Añade: «¿Me tratarán de “nazi” con el pretexto de que mi tío, Hermann Krüger, era *Ortsgruppenleiter* [Jefe de sección local] del NSDAP? No soy más nazi que judío». Muchos rabinos afirman que gente como Krüger practica una especie de autoflagelación; niegan su identidad judía por miedo a reconocerse por lo que son. Por el contrario, Krüger se define como alemán, nacido fortuitamente de una madre judía alemana que, como muchas otras, rechazó el judaísmo para asimilarse mejor a la sociedad dominante. Esta postura es compartida por la mayoría de los *Mischlinge*, desconcertados por la actitud de los judíos practicantes respecto de ellos. Algunos otros sólo se sienten judíos porque los nazis los persiguieron simplemente por su origen. Su judaísmo procede más de las persecuciones sufridas que de su pertenencia a una comunidad étnica o religiosa.

### LOS JUDÍOS ALEMANES FRENTE A LOS JUDÍOS DE LA EUROPA DEL ESTE

El análisis de las conflictivas relaciones entre los judíos alemanes y los del Este (*Ostjuden*) antes de la llegada al poder de Hitler dice mucho sobre la actitud de los *Mischlinge*. Efectivamente, muchos judíos alemanes no tuvieron que esperar a 1933

\* *Jeckes* es un despectivo término yiddish que hacía referencia a las «chaquetas» utilizadas usualmente por los judíos alemanes. Este término también fue usado comúnmente para denominar a los judíos alemanes que vivían en Palestina, pero ahora se ha convertido en una palabra usada popularmente por muchos judíos israelíes y estadounidenses.

para atacar a los *Ostjuden*, a los que consideraban despreciables atrasados, mugrientos y dañinos para la imagen de los «civilizados» judíos alemanes, los llamados *Jeckes*<sup>1</sup>. Esto no impidió que algunos de ellos ayudasen a los *Ostjuden* por una mera cuestión de filantropía o por compasión hacia aquellos miserables fugitivos del terror bolchevique, de los progroms y de la miseria. Las almas caritativas eran una auténtica rareza entre los judíos alemanes que muy a menudo despreciaban a sus desgraciados correligionarios salidos de los guetos anacrónicos y educados en los principios del «anacrónico talmudismo polaco», tan opuesto a la refinada *Bildung* (formación, educación) germánica. A pesar de los esfuerzos financieros y políticos de algunos organismos israelitas (*Hilfsverein der deutschen Juden* y el *Central Verein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens*) a favor de los inmigrados judíos procedentes de la Europa oriental, una parte importante de la comunidad «asimilada», es decir, la mayoría de los judíos alemanes, rechazaba cualquier parentesco con los *Ostjuden*. A los ojos de los judíos alemanes, el «pueblo de los guetos» se aferraba a prácticas irracionales, supersticiosas y místicas, sin ningún vínculo con el mundo de la religión racional y de la ciencia de nuestra época. Por el contrario, los *Ostjuden* estimaban que sus hermanos *daitsch* («alemanes» en yiddish) eran herejes que habían renunciado a su *Yiddischkeit* (judaísmo) afeitándose la barba, adoptando una forma de vida moderna y profanando el Sabbath; denunciaban el movimiento «reformista» que había visto la luz en Alemania. La situación en Austria no era muy diferente: muchos judíos vieneses despreciaban a los *Ostjuden*, «esos barbudos vestidos con caftán».

De esta manera, los judíos alemanes y los *Mischlinge* estaban convencidos que el antisemitismo hitleriano se fundaba en la presencia de estos refugiados de los «países bolcheviques», un sentimiento reforzado por las primeras leyes contra los *Ostjuden* de 1933 y la expulsión de 18.000 de ellos en 1938. Wolf Zuelzer, tres cuartos judío, escribió que los judíos alemanes habían mantenido sus prejuicios en relación a los *Ostjuden* debido a su

aislamiento cultural y su forma de vida «primitiva»; «para la mayoría de ellos, los judíos ortodoxos del Este, vestidos con sus caftanes, tocados con sus gorros de piel y con el rostro enmarcado por sus tradicionales bucles, eran una espantosa irrupción de la Edad Media. A principios del siglo XX, muchas comunidades locales negaban a los *Ostjuden* el derecho a participar en las votaciones de la comunidad, con el pretexto de que no eran súbditos alemanes». El doctor Max Naumann, judío, capitán del Ejército durante la Primera Guerra Mundial y fundador de una organización judía derechista, «los judíos nacionales alemanes», dirigió una carta al Führer el 20 de marzo de 1935 para informarle que su movimiento había luchado siempre contra la entrada de *Ostjuden* al territorio del Reich, porque «estas hordas de judíos semiasiáticos» representaban «un peligro» para Alemania y debían «ser expulsados sin contemplaciones».

Naumann apoyó la causa hitleriana en 1932 y deseaba que Hitler expulsara a los *Ostjuden* de Alemania. El historiador Carl J. Rheins escribió que su actitud no difería de la de los antisemitas de extrema derecha. Naumann aspiraba a que los nacionalsocialistas reconociesen su formación porque ésta se adhería plenamente a los principios, la *Weltanschauung* (el concepto del mundo) del Führer, engañándose respecto a las intenciones de este último. Naumann no era el único de su origen en dar este paso. De este modo, la *Deutsche Vortrupp* (Vanguardia alemana), fundada en febrero de 1933 por un grupo de estudiantes liderado por Hans-Joachim Schoeps, creía que el objetivo del nazismo era la regeneración de la sociedad alemana, «y no el racismo o el odio racial»; deseaba participar en la obra de restauración nacional al lado de los nazis y estos debían comprender que como «judíos nacionalistas» formaban parte de la nación alemana. La *Vortrupp* también era favorable a la eliminación de comunistas llevada a cabo por Hitler y quería participar en ella. Naumann y Schoeps admitían que existían tensiones entre «arios» y judíos, pero atribuían toda la responsabilidad a los *Ostjuden*. Los nazis respondieron disolviendo sus organizaciones en 1935.

Muchos judíos alemanes consideraban la presencia de *Ostjuden* en el Reich como una amenaza a su posición en la sociedad, agudizando los sentimientos antisemitas. En las décadas de 1920 y 1930, algunos judíos prominentes calificaron públicamente a los *Ostjuden* de «inferiores» y, a ejemplo de muchos otros alemanes, reclamaban la intervención del Estado para que los expulsase. Cualquiera que fuera su origen, estas personas esperaban que el Führer pusiese fin a la inmigración de judíos del Este, que había aumentado enormemente después del final de la Primera Guerra Mundial. A finales de la década de 1920, se calculaba que había en el territorio de la República de Weimar unos 100.000 judíos extranjeros, sobre todo de origen polaco. Rheins escribe que muchos racistas antisemitas alemanes llamaban a los *Ostjuden* «*Ostjudengefahr*» (el peligro judío del Este) y que la mayoría de los judíos «ultra-alemanes» reprobaban las prácticas ortodoxas, los caftanes, los bucles en las patillas y la pronunciación yiddish de los recién llegados. Quizás adoptaban esta actitud porque los judíos salidos del gueto representaban una parte de ellos mismos que no soportaban. No ignoraban que sus ancestros habían tenido que parecerse a estos, algo que les molestaba y les empujaba a manifestar su desprecio, y su arrogancia, hacia los *Ostjuden*, símbolos vivos de un pasado vergonzoso.

Robert Braun recuerda que su padre judío, el doctor R. Leopold Braun, ferozmente antisemita, detestaba a los *Ostjuden*. Numerosos judíos alemanes y *Mischlinge* juzgaban que la presencia de su familia en suelo alemán desde hacía generaciones les otorgaba derechos que negaban a los inmigrados en fecha reciente. Así, el 25 de septiembre de 1933, el teniente coronel retirado Albert Benary, medio judío y autor de conocidos tratados militares, escribió una carta al gobierno nazi para protestar contra el *Arierparagraph* (Artículo de la ley racial que prohibía el acceso de los «no arios» (*Nichtarier*) a la función pública); se mostraba escandalizado porque a un antiguo oficial de primera línea como él, perteneciente a una familia establecida en Alemania desde hacía más de un siglo, se le negase «su participa-

ción en la reconstrucción del Reich por fin emprendida». Solicitaba para los suyos y para él mismo la ciudadanía alemana de pleno derecho, porque se habían «convertido en alemanes» por un contacto duradero con el *Blut und Boden* (la sangre y la tierra germánicas). El 16 de octubre de 1933 volvió a la carga en estos términos:

«Mi familia no salió de los guetos del Este. Originaria del norte de África, pasó por España y llegó a Alemania desde el oeste, mezclándose con mucha sangre no judía a lo largo de todo ese itinerario. No nos avergonzamos de nuestro origen que se remonta a la casta sacerdotal israelita, nuestra divisa familiar, nuestro grito de guerra si usted quiere, aparece en el Libro de los Macabeos: “Cuando la hora suene, moriremos como valientes en la defensa de nuestros hermanos y de nuestro honor”. Semejante frase no puede más que emocionar a un corazón nacionalsocialista... Creo que tengo el derecho de no ser tratado como un alemán de segunda...»

Benary no comprendía en absoluto cuáles eran las intenciones de los nazis. Les traía sin cuidado que sus ancestros y él mismo se hubiesen comportado honorablemente, y el origen geográfico o social de su familia les importaba poco, tan sólo contaba una cosa: no era «ario». Benary debería haber comprendido que su rebaja a «alemán de segunda», según sus propias palabras, era señal de cambios radicales. No preveía que si Adolf Hitler se mantenía mucho tiempo en el poder sus orígenes determinarían su exclusión de la sociedad «aria». Sin embargo, el coronel Walter von Reichenau, jefe del gabinete del ministro de la Reichswehr<sup>1</sup>, sin duda animado por un sentimiento de solidaridad hacia un antiguo camarada oficial, re-

\* Hasta marzo de 1935, las fuerzas armadas alemanas eran conocidas como Reichswehr. Más tarde, con la introducción del servicio militar obligatorio a través de la nueva ley, Gesetz für den Aufbau der Wehrmacht, el 16 de marzo de 1935, el nombre de Reichswehr fue reemplazado por el de Wehrmacht. La Reichswehr era una pequeña fuerza formada por poco más de 100.000 hombres, 4.000 oficiales, 15.000 marineros y oficiales navales, y 3.040 civiles con rango de oficial.

dactó una nota en relación al caso de Benary, por la que solicitaba que se tuviera en cuenta su hoja de servicios para mantenerle en su puesto. La intervención de Reichenau no obtuvo los resultados esperados y Benary acabó enfrentándose a muchos otros sinsabores. De hecho, la mayoría de los nazis se mostró indiferente ante los reveses que tuvieron que sufrir él y otros muchos de su mismo origen. Las relaciones entre judíos del oeste y judíos orientales les importaban poco, no más que el puesto al que un judío o mediojudío creía tener derecho a ocupar en el seno de la sociedad alemana.

### CÓMO HITLER Y LOS NAZIS IDENTIFICABAN A LOS JUDÍOS

El antisemitismo de Hitler adoptó una forma homicida, característica de la Europa del Este, durante su estancia en Viena antes de la Primera Guerra Mundial y después, tras el hundimiento de los imperios centrales y mientras la ola marxista-leninista barría Alemania. Al exponer sus teorías a principios de la década de 1920, dirigió sus ataques contra los judíos del Este y los comunistas judíos. Estaba convencido que los judíos habían asesinado a Cristo y que eran «la chusma de la humanidad». Odiaba al comunismo y lo definía como esencialmente judío. Presente en Munich en 1918-1919, en la época en la que Kurt Eisner, al que Hitler denominaba «el judío internacional», asumía la dirección de la revolución socialista, llegó a la conclusión que los «judeo-bolcheviques» como Eisner eran los responsables principales de la derrota de noviembre de 1918 y que se habían aprovechado de ello. Tras el asesinato de Eisner en febrero de 1919, llevado a cabo por el conde Antón Arco-Valley, también medio judío, el terror rojo se intensificó aún más; los comunistas actuaban impulsados por hombres como el judío ruso Eugen Leviné, enviado desde Berlín por Rosa Luxemburg. Testigo de estos acontecimientos en Baviera, Hitler los describió como una toma del poder por parte de los judíos; para él, el

comunismo era un movimiento intrínsecamente judío y debía ser combatido como tal.

Y el odio hacia los judíos, cualquiera que fuese su origen o su filiación política, dirigió a Hitler hasta su último día. En cuanto llegó al poder elaboró un decreto que calificaba como judío a cualquiera que tuviese «más de un 50 por ciento de sangre judía». ¿Pero cómo describía el propio Hitler a los judíos y al judaísmo?

Llegó a emitir algunos juicios positivos sobre los judíos: «... En ninguna parte del mundo se constata un instinto de conservación más poderoso que en el “pueblo elegido”... después de todo, ¿qué pueblo, sino éste, ha sufrido tantas convulsiones y siempre ha emergido intacto? Estos hechos ilustran cómo una voluntad inflexible permite a una especie sobrevivir a todas las calamidades».

Las alabanzas que vierte sobre los judíos pueden parecer sorprendentes. Afirmando la capacidad de los judíos de triunfar ante las peores pruebas, era plenamente consciente de la tarea monumental que emprendía a la hora de eliminarlos. Ambicionaba crear «una raza transhistórica invencible» aboliendo la existente. Un día dijo: «No puede haber dos pueblos elegidos. Porque, nosotros los alemanes somos el pueblo de Dios. ¿Esto explica todo, no?» Según él, la «raza aria» estaba destinada a reemplazar a la «raza judía». ¿No sobreestimaba el poder de los judíos? En todo caso, sus propuestas demostraban una admiración singular por los judíos y por lo que representaban.

Pero su actitud evolucionaría a lo largo de su vida. Así, durante su juventud en Viena, tuvo puntos de vista ambivalentes, diciendo que los judíos constituían la primera nación civilizada porque habían descubierto el monoteísmo; y a menudo había alabado a Gustav Mahler, el respetado compositor judío, por sus producciones de las obras de Wagner, *Tristán e Isolda* y *El Buque fantasma*, cuando era director de la Ópera Imperial. Por el contrario, en esa misma época también había asistido frecuentemente a explosiones de antisemitismo.

Tras la Primera Guerra sus sentimientos negativos se am-



pliaron en sus arengas y acabaron en el núcleo del programa de su partido. El 6 de abril de 1920, declaró que los alemanes tenían el derecho de librarse de los judíos, estrechos aliados del mismo Diablo. Repetía que los judíos simbolizaban el Mal, enfrentado a los arios, que tenían en los germanos a su elemento fundamental y que siempre se comportaban en consecuencia. «Con un gozo satánico perfilándose en sus rasgos —escribía— el joven de tez morena se mantiene al acecho, dispuesto a manchar la sangre de una joven pura y arrebatlarla a su pueblo... No contento de provocar la sistemática pérdida de estas muchachas, no teme...» corromper la «sangre» de otras mujeres. Delirantes propuestas ilustraban su convicción de que los judíos sólo tenían un objetivo: la destrucción de la sociedad por medio de la profanación racial. Tras la derrota de 1918 y la humillación de Versalles, utilizó el asunto del «enemigo judío» para seducir a las desenfrenadas masas alemanas, como tema de base de sus campañas para alcanzar el poder y luego de su política racial. Por otra parte, admitía que si los nazis no hubiesen tenido a los judíos como enemigo, habrían tenido que inventarse a uno: «Un enemigo tangible es necesario —dijo un día— la abstracción no basta...» Ahora bien, la definición de este pretendido enemigo fue una de las tareas más delicadas del Führer. Hasta la década de 1930, la sociedad alemana, en general, consideraba al judaísmo como una religión más, aunque algunos movimientos universitarios intentaron también dar una definición racial. Antes de Hitler, la posición social y política predominante consistía en animar a los judíos a asimilarse a través de su conversión al cristianismo; con el inicio de la dictadura, el judaísmo se convirtió en una «raza».

La doctrina nazi promulgaba que el judaísmo es congénito, algo que en este aspecto coincide con los cánones de la Halakah, pero no se limitaba a la línea materna: según Hitler, se es judío tanto por parte de padre como de madre. Pretendidos científicos nazis intentaron clasificar a los judíos en función de características físicas; se les atribuían grandes orejas, un desmesurado apéndice nasal, un cuerpo robusto y exageradamen-

te velludo, pies planos y una repulsiva suciedad. Julius Streicher, redactor jefe de *Der Stürmer*, una publicación de un anti-semitismo y un populismo desmedidos, pretendía que las células sanguíneas de los judíos diferían de las de los arios, pero que a los investigadores se les impedía estudiar el fenómeno «ante la oposición de los judíos...», sin precisar qué papel habían jugado los judíos en el asunto. Por su parte, el Dr. Bruno Kurt Schultz, director del Servicio Racial nazi de Praga, avanzaba que los mediojudíos poseían veinticuatro cromosomas judíos y veinticuatro arios, aunque en ningún caso explicaba de qué manera podían distinguirse.

Estas sandeces, retomadas en pseudos-investigaciones frenológicas y demás, tuvieron consecuencias desastrosas en el destino de judíos y *Mischlinge*. E incluso sobre otros que ni lo eran: así el 24 de noviembre de 1936, un tal Volkmann, del Tribunal del Partido Nazi de Munich, solicitó a la Oficina Central de Investigaciones Raciales que le retirasen su certificado de arianidad al doctor Heinrich Neumann, miembro del partido, a causa su fisonomía y a pesar de que en su árbol genealógico no constaba ningún ascendiente judío. El mediojudío Rudolf Sachs recuerda que varios SA apalearon a un compañero de escuela debido a su nariz, mientras vociferaban que el propietario de semejante nariz «tenía que ser forzosamente judío». En una piscina de Kassel, otros Camisas Pardas confundieron a un agente de la Gestapo con un judío y lo golpearon brutalmente. El ministro del Interior del Reich, el doctor Wilhelm Frick, animaba a los funcionarios a investigar a cualquier persona con patronímico sospechoso. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, a falta de sospechas sobre la fisonomía o el apellido de un individuo, las autoridades nacionalsocialistas sólo disponían de los registros de las iglesias y templos o del mismo Registro Civil para sostener sus acusaciones.

A pesar de sus esfuerzos, el Führer tenía problemas a la hora

\* Sistema político en el que una persona asume diferentes responsabilidades (N. del T.)

de distinguir la identidad judía de la misma religión judía. Según los nazis, los judíos convertidos al cristianismo seguían siendo judíos, pero la mayoría de las personas de origen cristiano convertidas al judaísmo se consideraban «cien por cien judías racialmente»; se los conocía como *Geltungsjuden* (judíos por una argucia legal). De este modo, el 3 de julio de 1942, el Ministerio de Justicia dictaminó que un cristiano casado con una judía, convertido al judaísmo, circuncidado, y que posteriormente había educado a su hijo en el seno de la religión judía, «se ha vinculado al judaísmo, excluyéndose del *Volk* [pueblo] alemán y a partir de ese momento debe ser tratado como judío».

Paradójicamente, el *Reichsleiter* Martin Bormann, jefe de la Cancillería del Reich y secretario personal de Hitler, había emitido una circular según la cual el Führer no exigía en absoluto que todos los arios fueran cristianos. En 1943, Hitler decidió que «los alemanes de confesión mahometana podían seguir siendo miembros del Partido Nazi ya que la religión era una cuestión de opción personal». Semejante liberalismo no se aplicaba en ningún caso al judaísmo, fuente permanente de los peores peligros.

Los nazis trataban a los conversos al judaísmo siguiendo los mismos principios que la Halakah, es decir, como completamente judíos y por ello aptos para transmitir su identidad judía a su prole. Por el contrario, los judíos convertidos al cristianismo seguían siendo judíos. Por ejemplo, los nazis enviaron a la filósofa Edith Stein a la cámara de gas en Auschwitz, aunque se había convertido al cristianismo. Sin embargo, como escribió Martin Gilbert: «decenas de miles de judíos alemanes no se consideraban judíos en absoluto».

En conclusión, no es posible ignorar la Halakah cuando se estudia la historia de los judíos y de los *Mischlinge* que sirvieron en las fuerzas armadas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, porque las definiciones que se derivan determinarán la opinión que se tendrá de esa historia. Si se tienen en consideración los principios de la Halakah, se puede afirmar que «miles de judíos pertenecieron a la Wehrmacht». Más aún si tene-

mos en cuenta que el sesenta por ciento de los mediojudíos y el treinta por ciento de los judíos de un cuarto eran totalmente judíos para la Halakah. Tampoco se omiten los criterios seguidos por los nazis, porque en última instancia eran sus criterios los que prevalecían; la mayoría de las personas estudiadas no se sintieron nunca ni judíos, ni tan siquiera parcialmente, pero los nazis los consideraban como tales y la identidad judía está, en nuestro estudio, en función de los parámetros hitlerianos y no de la Halakah.